

como Curro Inza, José Antonio Corrales y Ramón Vázquez Molezún, o pintores como José María de Labra y José María Cruz Novillo. En Barcelona, y durante una reunión convocada por el grupo R –sociedad de arquitectos catalanes en la que figuraban José María Sostres, José Antonio Coderch, Manuel Valls, Josep Martorell y Oriol Bohigas entre otros–, se decide constituir el IDIB (Institut de Disseny Industrial de Barcelona), presidido por Antoni de Moragas.

En tanto que la SEDI, tras hacer una intensa labor de agitación cultural por todo el país, no logra calar en la industria madrileña, acostumbrada al beneficio inmediato de emplear diseños mal copiados o interpretados por personas sin formación técnica ni artística, el IDIB, creado en un entorno con una fuerte implantación industrial, y con el apoyo de una burguesía más receptiva culturalmente que el inmovilista funcionariado de Madrid, no sólo consigue mantenerse sino que se fusiona en 1960 con el veterano FAD para crear la Agrupación de Diseño Industrial conocida como ADI FAD, que a partir de 1961 convoca anualmente los premios Delta de Diseño Industrial para dar una proyección pública a su labor.

Estos premios han sido fundamentales para el desarrollo del diseño español, y el vehículo que dio a conocer a los primeros profesionales del diseño, como André Ricard o Miguel Milá, o a arquitectos muy volcados en esta actividad como Rafael Marquina, José Antonio Coderch, Cristian Cirici o Federico Correa.

Paralelamente a estos núcleos organizados pioneros se crean en Barcelona las primeras escuelas específicamente dedicadas a esta disciplina: Elisava en 1961, y después, por escisión de ésta, Eina en 1966. También un centro municipal dedicado desde 1929 a la enseñanza de las artes aplicadas –la escuela Massana– incorpora a partir de 1964 una especialidad dedicada al diseño industrial, mientras que la Llotja –con una tradición en la enseñanza del dibujo textil que se remonta a 1775– implanta asimismo en 1964 un departamento dedicado al mismo tema. Por su parte, en Madrid no surgen estos estudios hasta que el arquitecto Miguel Durán-Lóriga –creador en 1972 de *Temas de Diseño*, la primera revista editada en España sobre esta materia–, funda en 1984 la Escuela Experimental de Diseño.

Las bases para el desarrollo del diseño industrial ya están implantadas, y aunque la crisis mundial de los años ‘70 supuso un serio revés para la recién nacida disciplina, bastó que el mercado se recuperase en la siguiente década para que en las tres zonas más industrializadas del país (Cataluña, País Vasco y Valencia) surgieran numerosas empresas y profesionales dedicados tanto al diseño de muebles como al de otros productos. Muchas

de estas empresas son creación de los propios diseñadores y nacen por la dificultad de encontrar un industrial que quiera asumir sus diseños. De ellas, unas son productoras, es decir, fabrican y ensamblan todas las piezas del producto, mientras que otras son sólo editoras, encargando cada componente a un taller distinto y realizando exclusivamente el montaje y la comercialización.

Del carácter racionalista con que se inicia el diseño en España, queda una actitud realista, que busca sacar el máximo partido al material y la forma con el mínimo de complejidad tecnológica. Los rasgos más destacados –que logran una difusión internacional para el diseño español– son el ingenio y la austeridad. Las vinagreras de Rafael Marquina, las pinzas Arce de André Ricard, la lámpara TMC de Miguel Milá o la Gira de Massana, Tremoleda y Ferrer, pueden valer como ejemplos de esta actitud. Mediados los años '80 llega a España el reflujó de la marea posmoderna que en Italia produce fenómenos como Memphis o Alchimia, en oposición clara al Estilo Internacional de la Escuela de Ulm surgido del funcionalismo y la Bauhaus, y que aquí tiene su versión particular en la obra del polifacético Javier Mariscal, llena de contenidos narrativos, irónicos o sorprendidos, o en el desenfadado genial de algunos diseños de Óscar Tusquets.

Paralelamente a este desarrollo del mobiliario, hay un aumento de productos industriales que proceden de la labor de profesionales como Associate Designers, Quod, Ramón Benedito, Antoni Flores, etc, que previamente se han formado en las escuelas antes citadas, y que continúan la labor de pioneros como Gabriel Lluelles o Tomás Díaz Magro. Este clima efervescente del diseño español convoca a extranjeros que se interesan por las nuevas posibilidades que surgen, y fijan aquí su residencia; entre otros, el chileno Guillermo Capdevila, los argentinos Jorge Pensi y Alberto Liévore o la norteamericana Nancy Robbins.

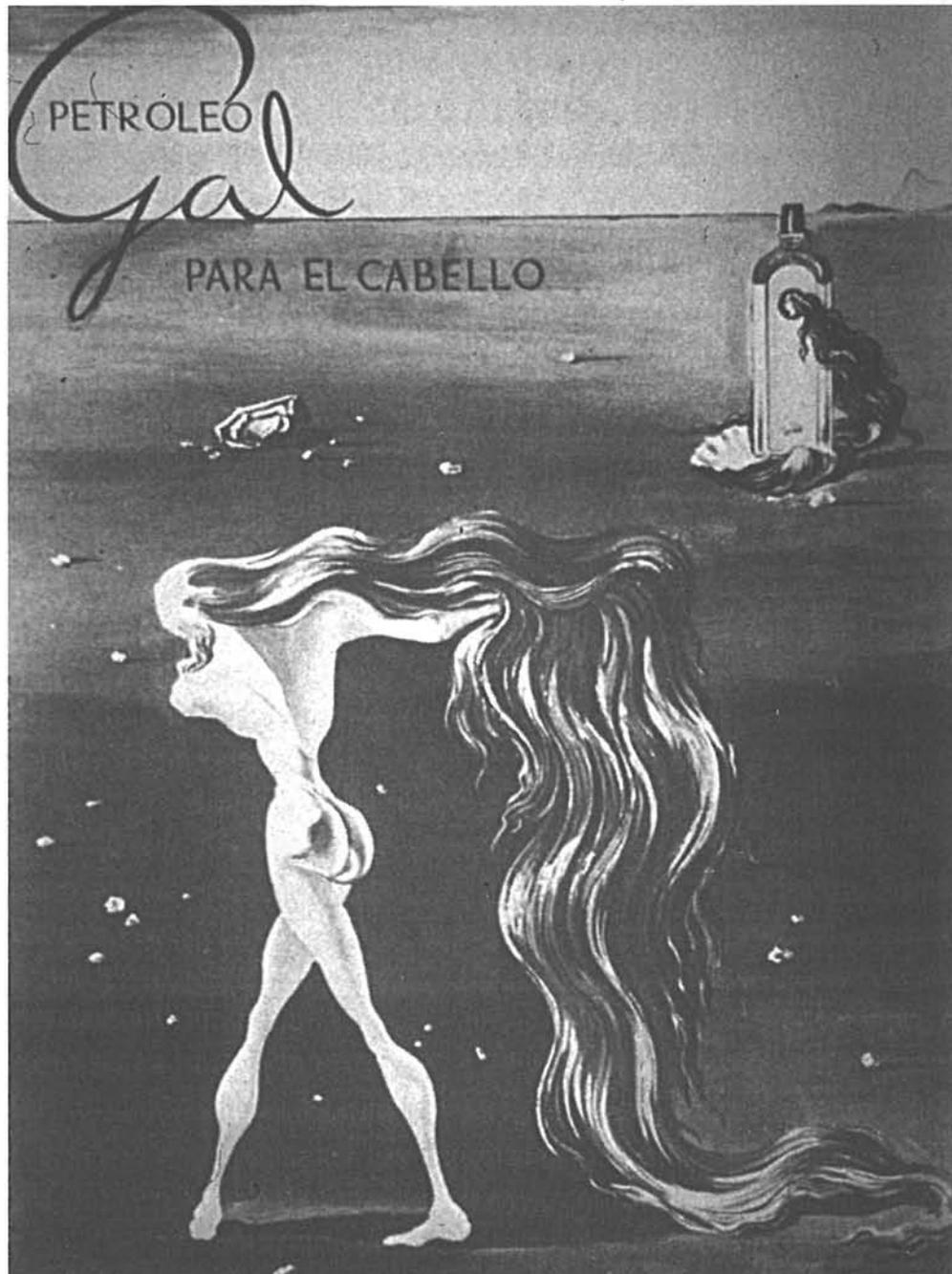
Lamentablemente, el interesante inicio que tuvo el diseño en Madrid se quedó solo en un germen, y en intentos aislados y sin desarrollo posterior, como el del Equipo 57, de forma que la carrera más destacada de estos últimos años, la del desaparecido valenciano Pedro Miralles, se desarrolló entre Barcelona, Valencia y Milán, pues Madrid sólo le fue útil como lugar de residencia. Otros diseñadores afincados en Madrid como José Luis Pérez Ortega o los arquitectos Álvaro Soto, Pedro Feduchi, Manuel Serrano, o el mismo Rafael Moneo, hacen piezas únicas o pequeñas tiradas de muebles destinados a una obra concreta. Y en el terreno del diseño de producto no hay muchas más alegrías, pues los contados profesionales dedicados a esta actividad, como Antonio Serrano o Juan Pablo Rodríguez Frade, se ven limitados por la escasez de los encargos.

El momento presente indica una importante penetración de la cultura del diseño en ámbitos situados fuera de la fabricación de mobiliario, y hasta ahora refractarios a cualquier tipo de investigaciones formales, como ocurre con la industria de electrodomésticos o en la fabricación de herramientas y maquinaria, pero se están detectando síntomas como el que supone la última selección de los premios Delta ADI/FAD, en la que ya apenas aparecen muebles domésticos, entre una gran variedad de objetos como cajeros automáticos, máquinas taladradoras, herramientas de alta precisión, aparatos sanitarios, radiadores, vehículos, etc.

El diseño ha entrado en este país, al menos en el área más industrializada de Cataluña y el País Vasco, en su tercera fase, después de los éxitos conseguidos en el diseño de muebles. Es un índice esperanzador, que indica no tanto un mayor desarrollo industrial, como un mayor nivel de inteligencia en la industria, que ahora no desdeña cualidades como la ergonomía o la presencia táctil y visual de sus productos. ¿Será cierto que la creación de muebles es el motor que acaba moviendo los demás engranajes del diseño industrial? ¿O es que en la fuerte competencia de un mercado cada vez más universal, las malas copias ya no son aceptables ni rentables? En la historia del diseño español así ha sido y así es, y en cualquier caso no cabe duda del papel que tienen los muebles como prótesis directa del cuerpo humano, por lo que conviene recordar que hay muebles tan elementales y fundamentales como la cama o la silla, que pueden embrutecer o ser activos instrumentos del pensamiento, dependiendo del grado de maestría de su diseñador.



El tipo Universal de Herbert Bayer, digitalizado por Matthew Carter en 1991.



José Caballero. *Petróleo Gal* (1949)